

1

—Has vuelto a casa —dijo Justin Enos, conduciéndome por entre las grandes torres de piedra del internado de Wickham. Cuando crucé el umbral dudé, deteniéndome en el sendero principal que discurría frente a la residencia estudiantil llamada Seeker y hacia los numerosos colegios mayores y senderos del campus. A lo lejos, las elevadas farolas iluminaban los edificios de ladrillo como si fueran diminutos faros.

Hace tan sólo cuatro días, yo estaba segura de que este mundo ya no era el mío. Había llevado a cabo el ritual para Vicken, mi amigo, mi confidente, que también es un vampiro. Realicé el ritual para hacer que volviera a ser humano.

—Oye, que puedo andar sin ayuda —dije, aunque tropecé y Justin tuvo que asirme del brazo. Me dirigió una mirada cargada de significado. Los muslos me temblaban debido a haber permanecido postrada e inconsciente en la cama de un hospital. Hacía cuatro días que mi mejor amigo, Tony, había sido asesinado en la torre de arte, y creí que yo también moriría.

—Es una noche espléndida —comenté, apoyándome en el brazo de Justin mientras caminábamos. Él procuraba adaptarse a mis pequeños pasos, sosteniendo en el otro brazo una bolsa con mis pertenencias.

Lovers Bay, en Massachusetts, estaba lleno de flores en junio; estábamos rodeados de hortensias y rosas. Junto con los aromas procedentes del café y de los restaurantes que había a nuestras espaldas en la calle Mayor, el ambiente estaba satura-

do de los olores que me resultaban familiares en mi humanidad recién recuperada: salsas, perfumes y flores fragantes.

Después de todo lo que había ocurrido, el campus del internado de Wickham me parecía un lugar imaginario. Vivía encerrado al mismo tiempo en un sueño y una pesadilla.

La noche estaba silenciosa. Los árboles se mecían perezosamente bajo la brisa de junio y vi a unos estudiantes deambulando en el campus, charlando en voz baja. La luna apareció entre las nubes, y cuando bajé de nuevo la vista a la tierra y miré hacia el otro extremo del sendero, hacia la playa de Wickham, una figura saltó sobre el sendero y se dirigió hacia el bosque. Unos cabellos rubios ondeaban a su espalda, agitados por el viento.

Al principio me reí, imaginando que era una estudiante que había salido a hurtadillas del campus en busca de algo decadente que comer o para reunirse con su chico. Pero había algo en sus movimientos que me llamó la atención. Saltaba con la agilidad de una bailarina, pero con el ímpetu de una persona que persigue algo o a alguien. Era delgada y veloz. Demasiado delgada..., demasiado veloz.

Alarmada, observé con detenimiento los jardines de la escuela.

—¿Qué ocurre? —inquirió Justin.

—¿Quieres que bajemos a la playa? —pregunté, tratando de ganar tiempo.

Él fue a entregar mi bolsa al guardia de seguridad en la entrada de la residencia y esperé sola, observando el sendero. Si la figura salía del bosque, yo sabría que era un ser humano normal y corriente. Unos estudiantes pasaron junto a mí, diciendo:

—¡Hola, Lenah!

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor?

Mantuve la vista al frente.

—La noticia corrió como la pólvora cuando te ingresaron en el hospital —dijo Justin, besuqueándome en el cuello.

Pasamos frente al centro estudiantil y la residencia de Justin. No me explicaba por qué *tenía el convencimiento* de que esa mujer era extraña, que quizás esa rubia no fuera humana. Quizá me comportaba de forma paranoica. Era lógico. Yo era una ex vampira de quinientos noventa y dos años. Las rarezas y las criaturas extrañas habían formado parte de mi vida cotidiana durante casi seis siglos.

Bajamos a la playa de Wickham. Me quité los zapatos, y tras dejarlos junto a los escalones, me senté sobre la fresca arena. Allí, apoyada contra el cálido pecho de Justin, maravillándome del océano que se extendía frente a nosotros, traté de olvidarme de los cabellos rubios y del salto insólitamente ágil.

La mano de Justin apretó la mía. Contemplamos la bahía, mientras yo evocaba el recuerdo de cuando nos conocimos. Era mi primera semana renacida como ser humano, y él salió del agua, reluciente y dorado.

Apoyé la cabeza en su hombro, respiré hondo y escuché cómo el agua lamía perezosamente la playa.

Salvo que...

Un olor terrorífico y familiar me produjo un escalofrío. Me estremecí y Justin me miró.

—Eh..., ¿estás bien?

Mira a la izquierda..., decía mi mente.

Pero Justin también lo sintió. Apartó la vista de mí, hundió los dedos en la arena y se incorporó sobre las rodillas.

Se acerca la muerte, decía la voz en mi mente. La voz de la reina vampira. La cazadora de centenares de seres.

Ya conoces este problema, murmuró la voz.

Me volví lentamente y miré hacia el otro extremo de la playa.

—¿Has visto eso? —preguntó Justin.

Por supuesto que lo había visto. Mi corazón era como la cuerda de un violonchelo, vibrando en el arco apoyado sobre

ella, temblando. Alguien se dirigía corriendo hacia nosotros desde la otra punta de la playa. Una joven, no era una niña, pero tampoco una mujer adulta. ¿Una estudiante? Su figura menuda oscilaba mientras avanzaba a la carrera, en zigzag, por la arena, hasta que de pronto tropezó y se cayó. Se levantó de la arena, pero su brazo cedió y volvió a caerse.

—Creo que es... —Justin no terminó la frase.

La chica se incorporó por fin y echó de nuevo a correr hacia nosotros. La siguiente vez que cayó sobre la arena, al cabo de unos momentos, gritó. Era un grito cuyo eco reverberó en un prolongado gemido a través de la playa, haciendo que el terror que denotaba resonara en nuestros oídos. Sentí que se me erizaba el vello de los brazos.

Conocía bien ese tipo de gemido.

—Necesita ayuda —dijo Justin, avanzando un paso hacia ella.

—Espera —le ordené en voz baja, agarrándolo del brazo. Agucé la vista para ver con mayor nitidez en la oscuridad.

—¿Estás loca? Está herida —dijo él—. ¿A qué esperamos, Lenah?

El terror hizo que se aceleraran los latidos de mi corazón. Tenía la boca seca. Las palabras estaban atascadas en mi garganta, atrapadas por el pavor. No podía mover los ojos.

Había alguien detrás de ella.

La otra figura avanzaba con paso seguro, contoneando las caderas. Caminaba como una modelo. El paso de la muerte. La mujer agarró a la chica por su coleta. Tiró de ella con fuerza, un gesto feroz y bestial.

El viento soplaba por entre los árboles, que se estremecían de modo sobrenatural bajo la brisa estival.

—Debemos irnos —dije—. Ahora mismo.

—¡Pero, Lenah! —Justin dijo de nuevo mi nombre y yo le atraje hacia mí para que pudiéramos hablar bajito.

—Silencio. O ambos moriremos.

Justin no respondió, pero por la expresión de sus ojos vi que lo había captado.

Tenía que obrar de forma calculadora, con determinación. No podía dejar que la persona humana en mi interior me abrumara. Me volví, subí apresuradamente los escalones y me dirigí hacia el bosque que se extendía en paralelo a la playa. Las piernas me dolían debido a los muchos días que había estado ingresada en el hospital, y cada pocos pasos tenía que apoyarme en un árbol para no caerme.

—¡Lenah! ¡Tenemos que pedir ayuda! —murmuró Justin en voz alta a mi espalda. Me volví hacia él.

—¿No te he dicho que guardes silencio? —le espeté—. Y no vuelvas a decir mi nombre.

Caí de rodillas y me arrastré hasta el borde del bosque, donde se unían la tierra y el rompeolas de la playa, y contemplé la escena que se desarrollaba más abajo. Al reconocer a la chica sofoqué una exclamación de asombro.

Kate Pierson, mi amiga. Miembro del Terceto, el grupo de chicas en Wickham con las que, contra todo pronóstico, me había encariñado el año pasado. Kate acababa de cumplir dieciséis años, era la más joven de nosotras. Inocente, hermosa y ahora en grave peligro.

Esto cambiaba las circunstancias.

Teníamos que hacer algo. Analicé de inmediato nuestras opciones.

No teníamos una daga ni una espada para clavársela en el corazón a la vampira, de modo que tendríamos que atemorizarla utilizando la fuerza, de la que Justin andaba sobrado.

—Para, por favor —imploró Kate a su agresora.

Justin y yo nos tumbamos boca abajo y clavé los dedos en la hierba arenosa.

La mujer seguía a Kate, avanzando por la oscura arena como si hubiera salido simplemente a dar un paseo nocturno.

Iba vestida de negro de pies a cabeza. Su espesa, rubia y maravillosa cabellera le caía por la espalda, ondeando al viento.

Sonrió, su boca manchada de sangre.

Contuve el aliento.

—La conozco —murmuré a Justin.

Mi casa en Hathersage, en Inglaterra, apareció en mi mente junto con una imagen de la escalera que conducía al desván.

La doncella.

La amable doncella de mejillas sonrosadas.

Ahora estaba blanca como la piedra y furiosa.

En la playa, debajo de nosotros, Kate trató de alejarse de la vampira, pero al ver ahora la gravedad de sus heridas comprendí que Justin y yo habíamos llegado demasiado tarde.

Tragué saliva cuando la rubia agarró a Kate por la parte delantera de su camiseta y la mordió en un lado del cuello. La chica emitió un grito, un grito hueco que me resultaba familiar. Un grito de muerte. Abrió su pequeña boca y soltó un alarido que reverberó en la noche.

—¿De qué la conoces? —preguntó Justin.

—Yo... —Un escalofrío me recorrió el cuerpo—. Yo la convertí en una vampira.

Él dirigió de nuevo los ojos, muy lentamente, hacia la playa, sin decir nada.

La arena estaba manchada de sangre coagulada mientras Kate pataleaba y agitaba los brazos con desesperación. Sangraba por los brazos y el cuello. Ésta era una muerte que requería una fuerza tremenda. La muerte causada por un vampiro puede consistir en un mordisco y ser prácticamente indolora, pero ésta era una muerte como la de Tony, brutal, no por hambre ni necesidad, sino para demostrar poder. Por diversión.

Kate se llevó los dedos al cuello en un intento de restañar la hemorragia.

Era inútil. Yo había visto esto demasiadas veces.

—No quiero morir —suplicó la joven—. Por favor...

Tenía el corazón en un puño, pero la vampira que llevaba dentro, antaño poderosa, me decía que esta vampira rubia era muy fuerte. Era implacable en su sed de sangre.

Justin y yo no podíamos echar a correr. No podíamos ayudar a Kate. Si hacíamos el menor ruido, moriríamos a manos de la vampira.

No podíamos hacer nada hasta que el horror hubiera concluido.

Oímos otro débil grito procedente de la playa.

Y Kate Pierson dejó de existir.

2

—Tenemos que informar a alguien —dijo Justin cuando salimos del bosque y entramos en el campus.

—No. No podemos —respondí. Nos detuvimos debajo de la farola en el sendero. Me llevé una mano al estómago—. Lo que tenemos que hacer es entrar. Tengo que analizar esto despacio.

Necesitaba ayuda. Necesitaba a alguien que comprendiera a los vampiros.

Quería a Rhode, pero estaba muerto.

—¡No podemos dejarla en la playa! —protestó Justin en el preciso momento en que una estudiante de segundo año y un guardia de seguridad pasaban junto a nosotros en el sendero. La señora Tate, la profesora de ciencias, les seguía a corta distancia.

—¿Dices que oíste unos gritos? —preguntó el guardia de seguridad a la estudiante.

—Un par de veces, señor. Allí abajo.

La señora Tate se detuvo, indecisa, junto a nosotros.

—Lenah, me alegro de verte, querida. —Me dio un leve golpecito en el hombro—. ¿Habéis oído algo cerca de la playa? —nos preguntó cuando nos detuvimos junto al invernadero—. Alguien dijo que oyó una pelea o una discusión.

—No —contesté, meneando la cabeza—. Estábamos aquí dentro —añadí señalando el invernadero.

La profesora asintió y siguió al guardia de seguridad y a la estudiante hacia la playa. Dentro de unos momentos empezarían a sonar las sirenas.

Mis pensamientos eran encontrados. ¿Qué hacía una vampira aquí en Lovers Bay? Una vampira que yo había creado. El nombre de Vicken pulsaba en mi mente.

Vicken. Mi fiel Vicken. Le había creado en una profunda oscuridad y dolor. Era mi compatriota. Pero ya no era un vampiro. Había practicado el ritual sobre él, liberándolo de su infinita sed de sangre y permitiendo vivir al ser humano que llevaba dentro.

¿Y si el ritual había fallado? ¿Y si Vicken seguía siendo un vampiro y colaboraba con esa rubia?

—¿En qué piensas, Lenah? —me preguntó Justin.

—En Vicken —respondí, pestañeando rápidamente y mirándole a la cara—. ¿Qué fue de él después de que yo llevara a cabo el ritual?

En la mandíbula de Justin se contrajo un músculo y cruzó los brazos.

—Lo dejé en tu apartamento cuando te llevé al hospital. No tengo la menor idea de si está vivo o muerto. No he vuelto al apartamento.

La idea de un Vicken en estado de descomposición sobre la cama en mi apartamento en Wickham no era un pensamiento alentador, pero tendría que ir a comprobarlo por mí misma. Echamos a andar hacia Seeker, fingiendo que las piernas no nos temblaban. Justo cuando iba a subir a mi habitación, oímos la sirena de un coche de la policía que acababa de llegar al campus.

El caos había comenzado.

Cuando el coche pasó junto a nosotros a toda velocidad, dejó una estela de angustia que me envolvió de pies a cabeza. Una intuición que sentía en mis huesos, por segunda vez esa noche.

Alguien me acechaba.

¿La rubia? ¿Era a mí a quien buscaba? ¿Por eso había matado a Kate?

Docenas de estudiantes se dirigían a la playa para investigar el caos. Miré más allá del centro estudiantil, hacia la empinada cuesta de una elevada colina que conducía al campo de tiro con arco.

Sobre ella vi una figura familiar, y de inmediato sentí renovadas esperanzas. Él me lo explicaría todo.

Suleen. El vampiro más viejo.

Iba vestido de blanco, con un turbante encasquetado en la cabeza. Alzó el brazo y me indicó que le siguiera, luego dio media vuelta, se encaminó hacia el campo de tiro con arco y desapareció en las sombras.

Eché a correr, tratando de no hacer caso de la debilidad que sentía en las piernas mientras subía la cuesta a la carrera, seguida por Justin.

—¡Espera, Lenah! ¿Qué ocurre? —me preguntó.

Mientras corría hice recuento de los horrores del último día. El asesinato de Kate, la vampira rubia y ahora la aparición de Suleen. No había duda de que todo ello estaba conectado.

—Algo va mal. Él no habría venido de no ser así —dije.

—¿Qué es lo que va mal? ¿Quién es ése? —preguntó Justin.

Alcanzamos la meseta donde se hallaba el campo de tiro con arco; la hilera de dianas a lo lejos aparecían iluminadas por la luz de la luna. Suleen no estaba solo. Junto a él, en medio del campo, había una figura, vestida con un pantalón negro, unas botas negras y el cabello negro y corto con una cresta.

Dios santo.

El joven se volvió y sus ojos taladraron los míos. Eran azules. Azules. Azules.

Me llevé la mano al pecho y retrocedí con paso vacilante.

Rhode. Mi Rhode. Todo su cuerpo estaba rodeado por una aureola plateada. La luz que emanaba de su cabello negro, sus ojos azules y la curva de su rostro no era nada comparada con la belleza que irradiaba de su interior.

¿Cómo era posible? Ese primer día, en Wickham, yo había pasado los dedos por sus restos vampíricos cubiertos de tierra. Estaba segura de que había muerto.

Por supuesto... De pronto lo comprendí. Si yo había sobrevivido al ritual que había practicado sobre Vicken..., ¿por qué no iba él a sobrevivir también al ritual?

Eché a correr hacia él. Rhode me observó, sin mover un músculo. La impresión de verlo me produjo una sacudida tras otra, haciendo que mi corazón mortal latiera con furia. Me detuve a un paso frente a él, lo bastante cerca para alargar la mano y tocar su piel.

¡Podría tocarlo! Sentir su piel con las yemas de unos dedos llenos de terminaciones nerviosas que pulsaban con la sangre que circulaba por ellos. De pronto Suleen se interpuso entre nosotros. Me aparté a la izquierda para evitarlo, pero Suleen me cerró el paso. Me moví hacia la derecha, pero él volvió a impedirme avanzar. Rhode mantenía los ojos fijos en los míos, pero no dio un paso hacia mí.

Los dedos me temblaban cuando extendí la mano hacia él.

—Rhode... —murmuré—. No has muerto. No has muerto.

Él pestañeó un par de veces, mirándome maravillado, como si yo fuera una criatura desconocida o una rara ave.

—¿Rhode? —dije, sintiendo que el pánico que me oprimía la boca del estómago me atenazaba también el pecho.

—Lenah... —La voz de Suleen me hizo desviar la mirada—. No disponemos de mucho tiempo.

—Maldito seas, Rhode, dime algo —le ordené.

Cerró los ojos durante un momento, como si hiciera acopio de fuerzas para hablar. Pero en vez de ello, respiró hondo. Cuando abrió los ojos para mirarme, casi retrocedí horrorizada debido a su frialdad.

—¿Rhode? —dije—. ¿Sabes cuánto hace que sueño con esto? —Él no respondió—. ¡Te amo!

La presión que sentía en mi brazo se relajó. Justin. Casi

había olvidado que estaba allí. Tenía las mejillas manchadas de tierra, y cuando miré sus manos, vi que también estaban cubiertas de barro y arena. Me recordó el terror que habíamos experimentado esa noche, lo que habíamos pasado durante las últimas horas. Y Kate Pierson había muerto.

—¿Este es Rhode? —preguntó Justin bajito. La sorpresa y el dolor que denotaba el tono de su voz hicieron que sintiera deseos de taparme los oídos con las manos.

Rhode le miró con la misma curiosidad con que me había mirado a mí, como si fuéramos unos bichos raros. Justin me agarró de nuevo del brazo.

—No debes quedarte, Lenah —dijo.

Al oír esto, Suleen se interpuso entre Justin y yo.

—Pero ¿qué pretendes...? —empecé a decir cuando Suleen abrió su mano, con la palma dirigida hacia Justin. De pronto una intensa ráfaga sopló sobre nosotros. Los árboles oscilaban de un lado a otro y sus ramas se combaban y crujían. Se oyó un sonoro chasquido cuando el viejo vampiro extendió su brazo. En un abrir y cerrar de ojos, un amplio remolino vertical de agua separó a Justin de Suleen y de mí. Este acuoso escudo permaneció suspendido en el aire entre nosotros. Alargué la mano, abriendo los dedos, y los pasé por el remolino suspendido en el aire. Mis dedos trazaron unas líneas a través del agua.

Jamás había visto, en toda mi vida, un vampiro con semejante poder.

—¡Lenah! —dijo Suleen a mi espalda—. *Rapidemente* (rápido). —Se volvió de nuevo hacia Rhode y dejó que el escudo de agua que giraba vertiginosamente permaneciera suspendido en el aire, como si siempre hubiera estado allí.

—¡Lenah! —Justin descargó un puñetazo sobre la barrera de agua, tras lo cual retrocedió. Se alzó de puntillas, tratando de ver por encima del agua. Pero la barrera se elevó también. Nuestras miradas se cruzaron a través del agua, que distorsionaba los rasgos de Justin.

Me volví hacia Suleen, furiosa.

—¿A qué viene esto?

—Lenah —dijo el viejo vampiro con tono afable. Al tocarme sentí calor en mis dedos—. Cuando practicaste el ritual con Vicken, alertaste a las Aeris.

—¿Las Aeris? —pregunté sorprendida. Sólo las conocía por haber leído sobre ellas en antiguos textos vampíricos y en la mitología celta.

—Lo que ambos hicisteis con el ritual exige una reparación.

—¿Una reparación? ¿Como un juicio? —pregunté. Rhode se negaba a mirarme; tenía los brazos cruzados. Los músculos de sus antebrazos se contrajeron, haciendo que me fijara en ellos durante una fracción de segundo. Luego tragó saliva. Le observé, sólo para demostrarme que era humano, que era real. Su pecho se movía al ritmo de su respiración acompasada. Ambos habíamos realizado el ritual, ambos habíamos pensado que moriríamos, pero estábamos aquí, juntos, vivitos y coleando. Ambos humanos.

—Lenah —dijo Suleen—, debes centrarte ahora mismo. Esto os afectará a los dos... —apoyó las cálidas palmas de sus manos sobre mis hombros— por tiempo indefinido.

Quería hablarle a él y a Rhode sobre la vampira rubia. Sobre la muerte de Kate y el horror que había estallado en el campo de Wickham.

El escudo acuoso seguía suspendido en el aire, pero Justin ya no se hallaba al otro lado del mismo. Lo único que se veía detrás de la barrera era el ondulado verdor de los oscuros árboles tachonados de reflejos plateados de la luna. La opresión que sentía en el pecho aumentó cuando habló Suleen.

—Rhode debe explicar a las Aeris por qué manipuló los elementos para llevar a cabo el ritual con el fin de transformar a una vampira en un ser humano. Debe explicarles por

qué te pasó esta información, para que tú también pudieras practicar el ritual.

—Es fácil de explicar. Yo había perdido el juicio. Me estaba volviendo loca. Díselo, Rhode.

Él suspiró y luego habló por primera vez.

—Lenah... —Ni siquiera sonaba como mi nombre, sino como una palabra soez, una maldición que había escupido con el fin de olvidarla.

—No me dijiste que este ritual consistía en una magia elemental —le dije. La magia elemental era el único motivo por el que las Aeris se habían involucrado en el asunto. Representaban a los cuatro elementos del mundo natural: tierra, aire, agua y fuego. No eran humanas. No eran espíritus. Las Aeris existen al igual que existe la tierra.

—Debemos hacerlo, Lenah —dijo Rhode. Su tono era sereno—. Tenemos que subsanar el desastre que hemos organizado.

—Ha llegado el momento —dijo Suleen, apartándose por fin de entre nosotros. Dirigió la vista hacia el centro del prado, pero yo no aparté los ojos de Rhode. Los elevados troncos de los árboles a su espalda aparecían borrosos. Las hojas planas estivales constituían una mancha de color esmeralda oscuro.

—¿No quieres siquiera mirarme? —pregunté en voz baja—. ¿Sabías que las Aeris aparecerían? —No me atrevía a acercarme más a él—. ¿Por qué no regresaste antes?

Rhode respondió de nuevo con el silencio.

—No te entiendo —dije.

—Yo no quería regresar —me espetó—. Tuve que hacerlo. —Alzó los ojos y los fijó en los míos—. Para esto.

Sus palabras se me clavaron en el centro del pecho.

¿No había querido regresar?

Fue entonces cuando vislumbé una luz blanca con el rabillo del ojo. Conocía esa luz, una luz sobrenatural.

Las palabras de Rhode permanecieron flotando en el aire, escociéndome como una quemadura. Ante mí se abría una inmensa extensión de tierra y a lo lejos, en la meseta, se alzaban las dianas del campo de tiro con arco. Noté que la sangre me pulsaba en el fondo de la garganta; me toqué la piel con las yemas de los dedos para sentirla. La luz blanca en el centro del prado se hizo tan larga y ancha como el campo de tiro que se extendía ante mí.

Al principio era difícil discernir algo en esa blancura, pero al cabo de unos momentos los contornos difusos asumieron la forma de cuerpos humanos. Cuatro cuerpos femeninos. Las Aeris avanzaron hacia nosotros.

Lucían unos vestidos vaporosos, y parecía como si fueran de agua. El color de sus vestidos mudaba a cada momento; tan pronto eran azules, como adquirirían un tono azul más intenso, como se tornaban rojos. Me pregunté si no sería un efecto óptico producido por la luz. Una de las mujeres tenía unos ojos blancos imposibles y su cabello flotaba en torno a su cabeza como si se hallara debajo del agua. La mujer junto a ella tenía una cabellera que se agitaba a su alrededor como llamas crepitantes, de un rojo vivo. Cuando me miró, su vestido asumió un color naranja amapola. Fuego.

Detrás de las Aeris había centenares, no, miles de formas que parecían seres humanos.

Las cuatro hablaron al mismo tiempo.

—Somos las Aeris.

Su luz se extendía sobre todo el firmamento.

—¿Quiénes son esas personas que hay detrás de vosotras?
—pregunté.

—Son —respondió Fuego, señalando la masa de personas a su espalda—, son tus víctimas y las víctimas de los vampiros que tú creaste.

¿*Mis víctimas?* Sacudí la cabeza rápidamente. *Era imposible.*

Pero estaban allí. Eran amorfas, sus identidades ocultas

por la luz. Entre la masa de gente había un ser luminoso que medía menos de un metro de estatura. Un escalofrío de horror me recorrió el cuerpo.

Una niña.

La niña que yo había matado hacía centenares de años.

Fuego miró a Rhode y luego me miró a mí.

—Vuestras vidas están destinadas a estar entrelazadas —dijo—. Estáis unidos por un poder que las Aeris no podemos deshacer.

—¿Destinados? —pregunté.

—Sí, Lenah Beaudonte. Tú y Rhode Lewin nacisteis bajo los mismos astros. El curso de vuestras vidas os ha traído hasta aquí, juntos, como almas gemelas.

—Nunca os habíais inmiscuido en nuestros asuntos —dijo Rhode.

—Tú estabas destinado a morir cuando realizaste el ritual para transformar a Lenah en un ser humano. Pero tu alma gemela te ligó a la tierra. Cuando saliste a la luz del sol, estabas destinado a morir. Pero no podías. No sin Lenah.

—¿Y en mi caso ocurrió lo mismo —pregunté—. cuándo practiqué el ritual con Vicken?

Ella asintió con la cabeza.

—De modo que ahora hemos venido a subsanar lo que habéis creado con este ritual.

Me esforcé en comprender lo que decía Fuego. Su cabelle-
ra crepitaba.

—No podéis manipular los elementos con el fin de extraer vida de la muerte. No sin consecuencias.

—¿Así que habéis venido a castigarnos? —pregunté.

—Hemos venido para obligaros a rendir cuentas de vuestros actos.

Fuego señaló la figura espectral de la niña para ilustrar su argumento. No había nada que decir. Nada que yo pudiera tratar de defender.

—Nuestra naturaleza nos impulsaba entonces a matar —apuntó Rhode con tono neutro.

—No hemos venido aquí para juzgaros por vuestros infinitos asesinatos, por odiosos que fueran. Las Aeris no somos responsables del mundo de los vampiros, ni nos dedicamos a vigilarlo. Los vampiros están muertos. Unos seres sobrenaturales que vagan por las noches en busca de víctimas. No podemos pedirnos cuentas por los asesinatos que cometisteis en ese mundo —dijo Fuego mientras se paseaba entre los dos—. Lo que me interesa es lo que habéis hecho para transformaros en humanos. Manipular los elementos es contrario a las leyes de la naturaleza. Forzasteis vuestro regreso a este mundo natural mediante el ritual, y al hacerlo os convertisteis en nuestra responsabilidad. Debéis ser castigados.

Rhode calló. Yo no podía apartar la vista de las miles de figuras que se habían congregado detrás de las Aeris. Todas esas personas...

Fuego se volvió hacia mí y enlazó sus manos a la altura de la cintura, luego las dejó caer. Fijó sus ojos en los míos. Mis piernas estaban tan débiles y temblaban tanto que temí caerme redonda al suelo.

—La elección es ésta: podéis regresar a vuestro estado natural, Rhode a 1348 como caballero durante el reinado de Eduardo III. Tú, Lenah, vivirás tu vida en 1418, como estabas destinada a hacer.

—¿Cuando éramos humanos? —pregunté sin dar crédito.

—El estado natural significa que cada uno de vosotros tenía un alma blanca, pura —explicó Fuego.

—¿Nos harás retroceder en el tiempo? —inquirió Rhode.

Fuego se volvió y miró a la multitud de víctimas nuestras. De pronto se me ocurrió una pregunta.

—¿Y todas esas personas? —pregunté, señalándolas.

—Cuando regreses al mundo medieval, estas almas regresarán también al curso natural de sus vidas.

—No entiendo —dije.

—Cada persona que asesinasteis vivirá de nuevo, al igual que las personas asesinadas por los vampiros que vosotros creasteis. Jamás se encontrarán con vosotros, porque no os convertiréis en vampiros. Será como si nunca os hubierais conocido. —Fuego nos miró.

En 1348, cuando se convirtió en un vampiro, Rhode tenía diecinueve años. Yo no nacería hasta cincuenta y cuatro años después. Él habría muerto cuando yo naciera, o, en el mejor de los casos, sería muy viejo. Ése era el propósito de las Aeris. Oblíganos a retroceder en el tiempo para permanecer separados.

—Se trata de un equilibrio, Lenah. Los cuatro elementos del mundo crean un equilibrio. Tú te convertiste en una vampira contra tu voluntad. Eres la víctima original de Rhode, de modo que a ti te corresponde decidir su suerte.

—¿Cuál es la otra opción? —pregunté.

Fuego se acercó al borde de la luz blanca. Sus pupilas tenían un color rojo vivo, pero el iris a su alrededor relucía y era de un blanco perlado. Contuve el aliento hasta que sentí un hormiguelo en mis mejillas y en todo mi cuerpo.

—Tú y Rhode habéis desencadenado unas reacciones en cadena que no pueden ser subsanadas a menos que os separéis. Podéis regresar al mundo medieval o quedaros aquí. Si decidís quedaros, no podéis comprometeros.

—¿Comprometernos? —preguntó Rhode—. ¿A qué te referies?

—Comprometerse a amar es una elección que reside en lo más profundo del alma. Si elegís unir vuestras vidas en este mundo, nosotras lo sabremos.

¿Podríamos tocarnos? ¿Hablar? ¿Besarnos...? Todas esas preguntas bullían en mi mente.

—Podréis hablar, conversar, interactuar, pero no podréis comprometeros a ser una pareja como erais antes —dijo Fuego, como si leyera mi pensamiento.

—Pero ¿cómo sabremos si nos hemos comprometido el uno con el otro? ¿Si formamos la pareja que éramos antes? No puedo dejar de amar a Rhode así como así.

—Siempre lo has hecho, siempre has amado a quien te apetecía en el momento en que te apetecía. Rhode, Vicken, Heath, Gavin, Song y Justin. Pero ¿quién llenaba tu alma? ¿Con cuántos de ellos te comprometiste? No compartiste una vida, no creciste con ellos como lo hiciste con Rhode. Todo ha terminado, Lenah. Debes hacer con Rhode lo que hiciste con el resto de los hombres con quienes te tropezaste en tu camino. Mantener las distancias.

—No lo entiendo —murmuré, sabiendo en el fondo de mi alma que ella tenía razón. ¿Había utilizado a todo el mundo excepto a Rhode? Por supuesto que sí. Fuego avanzó otro paso hacia mí y sentí el calor que emanaba.

—Como la costa más blanca de una playa que se prolonga hasta el infinito. Deseas ese océano. Ves ese océano. Pero no puedes regresar a él. Jamás.

Tragué saliva, incapaz de formular las palabras que tan desesperadamente deseaba pronunciar. Quería convencerla. ¿Sería capaz de mantener las distancias con Rhode? ¿Podría fingir que no teníamos la historia que teníamos? La luz plateada que rodeaba a mis víctimas pulsaba detrás de la cabeza de Fuego, recordándome todo lo que yo había hecho para merecer este momento en este campo de tiro con arco.

—¿Y ellos? —pregunté, indicando con la cabeza a los otros seres—. ¿Qué será de ellos si decido quedarme?

—¿Ves esta luz que me rodea? —preguntó Fuego.

Asentí de nuevo.

—Tus víctimas tienen almas blancas. Y las conservarán así. Visualicé mi alma negra y endurecida, como un trozo de carbón.

—¿Y si regreso al mundo medieval? ¿Y si ellas regresan a sus vidas?

—En tal caso ellas decidirán lo que quieren hacer. La suerte de sus almas dependerá de ellas.

Yo ya había decidido su suerte. Estaban a salvo donde estaban, a salvo en esa luz. ¿Cómo podía enviarlas a un pasado sobre el que no sabía nada? ¿Me comportaba de forma egoísta? Lo que sabía ante todo era que, si yo tenía un alma, Rhode y yo estábamos destinados a permanecer juntos.

—¿Qué has decidido? —preguntó Fuego.

Miré a Rhode. Él se negaba a mirarme a los ojos. Deseaba besarle en la boca, incluso ahora, incluso conociendo el decreto de las Aeris de que jamás podríamos volver a ser una pareja. El hecho de verlo allí, de saber que podía estar cerca de él cuando había estado convencida de su muerte... No quería regresar. Fuera lo que fuere que tuviéramos que afrontar, si Rhode estaba junto a mí, incluso manteniendo las distancias, me sentía capaz de lo que fuera.

—He decidido quedarme —dije, mirando a los ojos de color amapola de Fuego—. Aquí y ahora, en Lovers Bay.

En mi mente, un perfecto manzano pintado con gruesos trazos de color se disolvió como si la lluvia hubiera disuelto los colores.

—¿Y ellas estarán a salvo? —pregunté, refiriéndome a las personas que estaban detrás de las Aeris.

Fuego asintió y dijo:

—Debes luchar contra ella, Lenah. —No era necesario que me aclarara a quién se refería.

Retrocedió un paso hacia la luz y su nítida forma empezó a difuminarse.

La luz blanca también se atenuó y Suleen, que estaba junto a nosotros, extendió una mano hacia las Aeris. Volvió su palma hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y después cerró la mano en un puño. Era un tipo de comunicación que yo no comprendía. Fuego hizo lo propio. Giró una palma hacia la izquierda, luego hacia la derecha y finalmente cerró la mano en

un puño. Ella y sus hermanas comenzaron a desvanecerse, confundándose en el paisaje como si nunca hubieran estado allí.

Rhode miraba a Suleen, pero yo no dejaba de observar el movimiento acompasado de su pecho. Lo había contemplado durante centenares de años, deseando que ambos estuviéramos vivos, respirando y viviendo juntos.

No podéis comprometeros, había dicho Fuego.

Me apresuré hacia delante, pasé junto a Suleen y me dirigí hacia las Aeris, que se desvanecían.

—¡Esperad! —grité—. ¡Esperad!

Extendí los brazos hacia la luz, pero se había amortiguado, dejando en su estela tan sólo unas difusas telarañas. Las Aeris habían desaparecido. Fuego había desaparecido.

Rhode miró alrededor del campo de tiro con arco, ahora envuelto en la oscuridad. Hacía mucho rato que el anochecer había caído sobre el campus de Wickham.

—¡Tenemos que hacer algo! —dije a Suleen.

—Ya lo has hecho —apuntó Rhode—. Has decidido quedarte.

Su voz denotaba tristeza, y también ira. Lo cierto era que no podía separarme de él. No podía regresar al mundo medieval sin él.

La hierba debajo de mis pies era gris, el cielo negro. Tragué saliva para aliviar el dolor que me producía el nudo en la garganta.

—A partir de ahora vuestros centenares de años de experiencia en esta tierra serán vuestra conciencia. Manteneos alejado el uno del otro —dijo el viejo vampiro. Su tono sosegado rompió el hechizo de mis reflexiones.

Rhode miró a Suleen a los ojos. Un temblor me recorrió las espinillas y las rodillas hasta los muslos. Tenía que asir algo duro, apretarlo en mi puño y partirlo.

Mi mente empezó a pensar con rapidez, como si regresara al mundo en el que había existido antes de que las Aeris apa-

recieran procedentes de su mundo blanco e iluminaran la meseta del tiro con arco.

Justin.

Me volví apresuradamente para mirar el borde de la meseta, donde Suleen había realizado el conjuro del escudo de agua. Pero Justin había desaparecido hacía mucho rato. Supongo que no podía reprochárselo. En su lugar, yo tampoco me habría quedado para asistir a la escena.

—No hay más remedio, Rhode —dijo Suleen.

Rhode respondió en hindi, una lengua que yo no había aprendido. Pese a las veinticinco lenguas que hablaba con fluidez, él había elegido una que yo desconocía.

Echó a andar, pasando frente a mí, y descendió por la colina sin volverse.

¿Se marchaba para siempre?

—¿Qué ha dicho, Suleen? ¡Dímelo! ¡Rhode! —grité tratando de seguirle. Pero Suleen me agarró del brazo—. ¡No! —chillé. Traté de soltarme, pero el viejo vampiro me sujetó con fuerza, impidiéndome que le siguiera.

Observé a Rhode echar a correr por el prado y enfilarse el sendero.

—¡Rhode! —grité. El dolor que sentía en el corazón me producía náuseas—. ¡Rhode!

Él no se volvió.

No pude hablarle sobre la vampira rubia. No pude decirle: *Quédate, porque te amo. Siempre te ha amado. Quédate y afrontaremos esto juntos.*

Porque Rhode desapareció sin volverse una sola vez, sin mirarme.